

Editorial

LN-23-1-87

La propuesta costarricense

La intensa actividad diplomática que ha venido desarrollando el Gobierno durante las últimas semanas, sobre todo desde que se produjo la reunión conjunta de los grupos de Contadora y Apoyo en Río de Janeiro —18 y 19 de diciembre del pasado año—, debe ser bienvenida.

Asentada en una visión más realista del cuadro político militar centroamericano que la vigente en los primeros seis meses del Gobierno, la que el Canciller Rodrigo Madrigal Nieto y el Presidente Oscar Arias han expuesto recientemente podrá servir, al menos, para definir mejor los linderos del problema del istmo, estimular a ciertas naciones democráticas europeas y latinoamericanas a adoptar posturas más explícitas hacia lo que ocurre en la zona y, especialmente, en Nicaragua, y a dotar a los gobiernos democráticos centroamericanos de un ímpetu diplomático del que no habían dado fe desde los inicios de las gestiones de Contadora.

Lo que se ha divulgado hasta el momento del plan nacional contempla, básicamente, lo siguiente: cese del fuego en Nicaragua; fin a la ayuda de Estados Unidos a la insurgencia democrática; negociaciones inmediatas entre el régimen sandinista y la oposición —no se ha definido claramente qué grupos—, todo ello enmarcado en los llamados "21 objetivos" de Contadora y en un cronograma muy explícito de democratización. Además, el Gobierno ha reafirmado la necesidad de que las negociaciones que se desarrollen en Centroamérica sean multilaterales, ha reiterado su intención de no sentarse a la mesa de Contadora mientras Nicaragua mantenga su demanda contra Costa Rica en la Corte Internacional de Justicia, en La Haya, y ha dejado abierta la posibilidad de acudir a otras instancias si Contadora no demuestra mayor eficacia.

Hasta el momento en que la propuesta fue enunciada, no era muy clara la postura gubernamental hacia Centroamérica, lo cual, desgraciadamente, significa hacia Nicaragua. Durante la toma de posesión, y aprovechando la visita de diez mandatarios latinoamericanos, el Gobierno había redactado un documento en el que se proponía el establecimiento de plazos para la democratización de nuestro vecino. Su texto, sin embargo, no fue acogido por la totalidad de los visitantes. Al contrario, los pertenecientes a Contadora redactaron un comunicado en que reafirmaban su visión distorsionada sobre el istmo. Previamente a esto, el Presidente Arias se había manifestado no sólo por mantener al país aislado del conflicto bélico nicaragüense, sino en contra de la ayuda de Estados Unidos a los rebeldes antisandinistas. Su principal argumento era que se necesitaba una solución política, no militar. Sin embargo, no enunciaba claramente los pasos para esa posible opción, ni ponía un linderro claro entre la aspiración a un arreglo pacífico —que todos los costarricenses democráticos compartimos—, las posibilidades de lograrlo sin alguna forma de presión bélica, y las opciones que quedarían abiertas si, luego de emprender una nueva iniciativa política, fracasaba y ya no había una fuerza armada que enfrentara internamente al aparato militar de los comandantes.

La propuesta actual satisface algunas de las interrogantes que habían quedado abiertas. Pa-

ra analizarla, hay que partir de la conferencia de prensa para corresponsales extranjeros que dio el Presidente Arias el 18 de diciembre, el mismo día que en Río de Janeiro los grupos de Contadora y Apoyo emitían un comunicado en que ponían a la democracia como una prioridad inferior a la solución "pacífica" de los conflictos entre países. En esa conferencia, el Mandatario adjetivó de manera fundamental su actitud hacia los rebeldes antisandinistas. Dijo que sería una lástima si la crisis política desatada en Estados Unidos por el desvío hacia la "contra" de fondos producto de la venta de armas a Irán, sirviera solamente para quitarles la ayuda, sin que se tomara ninguna otra acción. Así, reconocía el peligro de eliminar tal presión sobre los sandinistas.

A principios de enero se accionó el disparador de nuestra acción diplomática, con las reuniones del Canciller Madrigal con altos funcionarios norteamericanos en Miami, la cita de ministros de relaciones exteriores centroamericanos —excluida Nicaragua— en El Salvador, como preparación a la llamada "Misión de los diez", el arribo de ésta al país y el viaje de Madrigal por varios países europeos.

Dada la realidad imperante en torno a Centroamérica, la iniciativa tiene mucho de positivo. Por un lado, centra el problema del istmo donde realmente está: en la presencia de un régimen totalitario en Nicaragua. Por otro, pide definiciones en este sentido. Además, rechaza la posibilidad de un juego interminable de simulación sandinista, con el énfasis en establecer plazos, y también archiva la noción de que debe retirarse el apoyo a los antisandinistas sin garantías de avance político, lo cual significa implícitamente reconocer la importancia de alguna presión sobre los comandantes que vaya más allá de los comunicados y la retórica. En este campo, sin embargo, aún no queda claro qué pasaría con la insurgencia si las negociaciones producto de un cese del fuego no producen resultados, pues si la ayuda a los rebeldes se hubiera eliminado —no simplemente congelado— podría ser ya tarde para lograr un cambio.

No hay por supuesto, ninguna garantía de que la propuesta sea acogida por un número suficiente de países. Menos aún que, de ser aceptada por ellos, los sandinistas la acepten. Al contrario, los elementos acumulados durante casi ocho años de su régimen apuntan hacia lo contrario. Tampoco se conoce —y es lógico que así sea— qué dirección pensará tomar nuestra diplomacia si todo fracasa. Sin embargo, al plan hay que abonarle, por un lado, su mayor realismo, y por otro el que se convierta en un instrumento que enfrentar ante el trabajo poco eficaz y muy dudoso de Contadora, y para ser más cuidadosos en el debate interno de Estados Unidos sobre la ayuda a los rebeldes.

Una vez expuesta la iniciativa, lo que se necesita es que no cese la actividad diplomática para buscar respaldo de los gobiernos amigos, y que si en algún momento se llega a la parálisis por falta de apoyo, se reconozca prontamente y se pongan en marcha acciones sustitutas, que siempre tengan como norte la realidad del istmo y la necesidad de que la democracia sea el valor fundamental a defender.